

Alejandro PORTES
Economic Sociology. A Systematic Inquiry
Princeton: Princeton University Press, 2010.

En este libro Alejandro Portes plantea una sistematización de los conceptos teóricos centrales de la sociología económica (en adelante SE), recuperando y sintetizando varios trabajos suyos publicados anteriormente. La obra parte de un balance crítico de los resultados obtenidos por esta disciplina tras más de 20 años de intensa actividad a partir de su resurgir a mediados de los años 80 con el archiconocido artículo de Granovetter (1985) sobre la incrustación social de la acción económica. Portes opina que el trabajo de los sociólogos económicos, tras el *boom* inicial, parece haberse estancado en la “exégesis de los clásicos, la repetición de *una* de las nociones fundamentales del campo y un número creciente de estudios individualmente valiosos pero dispersos” (p. XI; cursivas en el original). Para Portes la asunción fundamental de la SE —que la sociabilidad y los vínculos sociales moldean el comportamiento económico— ha acabado siendo la única conclusión teórica sustantiva de buena parte de las investigaciones inspiradas por el impulso inicial de Granovetter.

Portes plantea la necesidad de superar la dispersión conceptual y el estancamiento que percibe en la SE por una vía conciliadora. A su juicio, una gran teoría general del campo resulta inviable (si no indeseable), de forma que lo que cabe es un *reordenamiento* del campo de la SE, un reconocimiento mutuo de los elementos teóricos y analíticos que aportan los distintos enfoques y de sus relaciones internas y

externas. Este reconocimiento y puesta en orden parte, en primer lugar, de la distinción entre asunciones metateóricas que amplían el supuesto fundamental antes enunciado y los conceptos teóricos y mecanismos explicativos con los que dichas asunciones son examinadas o confrontadas con la realidad. Sostiene Portes que solo haciendo explícitas las relaciones entre los instrumentos analíticos utilizados y las bases teóricas en las que reposan será posible hacer avanzar el conocimiento sociológico sobre la multitud de ámbitos de investigación en los que están inmersos actualmente los sociólogos económicos.

Pero este llamamiento a la separación entre las asunciones metateóricas y sus mecanismos explicativos, y de los lugares en los que se aplican, no pasaría de ser una recomendación metodológica elemental si Portes no reclamara, en segundo lugar, un esfuerzo para trascender los muros analíticos que separan a los distintos enfoques reconociendo que ninguno de los supuestos básicos de los tres enfoques principales de la SE es capaz de dar cuenta, por sí solo, de la compleja urdimbre social de los comportamientos económicos. No en vano, estos tres enfoques y las metaasunciones que Portes deriva de cada uno de ellos vienen a recoger las tres grandes tradiciones teóricas de la sociología y son, gracias al trabajo acumulado por varias generaciones de sociólogos, las herramientas analíticas con las que la presente generación habrá de enfrentarse, con

éxito o no, a las incertidumbres de los procesos económicos.

Portes plantea que separar las meta-asunciones teóricas de los mecanismos explicativos, o conceptos de alcance intermedio con los que dichas proposiciones son confrontadas con la realidad, es un primer paso para clarificar e integrar las distintas aportaciones de la SE en un enfoque que pueda rivalizar en capacidad predictiva con el enfoque neoclásico. Detrás de este ejercicio de clarificación conceptual está el convencimiento del autor de que ambos elementos —meta-asunciones y mecanismos— pueden servir para generar un enfoque genuinamente sociológico de los fenómenos económicos cuyas herramientas sean independientes del ámbito o terreno de investigación en que se apliquen. Recogiendo las tres corrientes clásicas de la sociología y los desarrollos recientes inspirados por ellas, Portes habla de tres meta-asunciones (incrustación, consecuencias no deseadas y poder; cap.2) y de tres conceptos teóricos (capital social, institución, clase social; caps. 3 a 5) que permiten operacionalizarlas en ámbitos concretos. Tras la exposición de estos tres pares de conceptos, en la segunda parte del libro Portes pone en movimiento este aparato conceptual revisitando algunas de sus investigaciones sobre la inmigración y el desarrollo (clases sociales en América Latina, economía informal, enclaves étnicos y comunidades transnacionales; caps. 6 a 9). Me centraré en los planteamientos teóricos de la primera parte del libro, pues un comentario detallado de los análisis empíricos de la segunda parte requeriría una mayor extensión.

Meta-asunciones teóricas

En el primer capítulo del libro, Portes plantea que un enfoque netamente sociológico de los fenómenos económicos precisa ir más allá de la idea básica de que el comportamiento económico es un comportamiento social. Esta idea, en la que podrían coincidir todos los sociólogos económicos independientemente de la tradición sociológica en la que se inscriban, indica una clase de fenómenos a los que prestar atención, pero no nos dice nada de cómo son dichos fenómenos. En este sentido, es más una meta-asunción que una proposición teórica, un criterio que nos indica los elementos de la actividad económica a los que es preciso atender. Portes apunta que es posible y necesario detallar más esta asunción básica recogiendo tres proposiciones que, con un nivel de abstracción similar, plantean una serie de dimensiones de los comportamientos económicos en las que un enfoque sociológico puede resultar más fructífero que las aproximaciones económicas.

La primera de estas meta-asunciones lleva a reconocer que “la acción económica está socialmente orientada” (p.15). Con esto quiere decir que los individuos y organizaciones, al interactuar con otros actores económicos, recurren a los procedimientos, recursos y disposiciones que provee la *sociabilidad*. Lo que pretende resaltar aquí Portes es que el comportamiento utilitario o racional-egoísta del *homo economicus* es un comportamiento que ocurre o está incrustado (*embedded*) en un medio social y que se orienta hacia él. Esto introduce una serie de modulaciones sociales a la acción económica: los valores morales que intervie-

nen en la selección de medios y de los fines de la acción; otras metas egoístas distintas del afán de ganancias como la búsqueda de aprobación, estatus o poder, que *dependen de la opinión de otros*; las expectativas de reciprocidad que se construyen en las interacciones sociales. Portes delimita así una serie de restricciones sociales a la acción egoísta que, sin llegar a descartar el *homo economicus*, ponen de manifiesto que sus acciones, en la medida en que se orientan a otras personas, deben atenerse a las convenciones y pautas que los humanos hemos desarrollado para interactuar entre nosotros.

La segunda meta-asunción hace referencia al concepto mertoniano de las consecuencias no anticipadas de la acción intencional, planteando que toda acción que formula unos fines y recurre a unos medios para alcanzarlos puede acabar obteniendo resultados diferentes de los inicialmente planteados (p.18). Para Portes esta actitud escéptica hacia los planes intencionales caracteriza a una tradición sociológica que vincula a Marx y Engels con Simmel, Merton, Wright Mills o Meyer y Rowan. Recopila cinco situaciones en las que los mecanismos de sociabilidad que intervienen en las interacciones económicas pueden interferir con la secuencia ideal de fines-medios-resultados: fines ocultos, funciones latentes, cambios en las condiciones de partida, resultados irracionales de la agregación de comportamientos racionales y reconstrucción a posteriori del vínculo entre fines y resultados. Estos cinco tipos proveen vías alternativas para sistematizar la acción intencional mediante mecanismos explicativos de alcance intermedio que puedan examinarse mediante proposiciones verificables.

Así formulada, esta meta-asunción recoge elementos de las tres perspectivas, pero Portes la vincula en la práctica con la reelaboración neoinstitucionalista de los temas de la perspectiva estructural-funcionalista (Nee, 2005), en la medida en que se centra en un tipo muy concreto de acción intencional, las *instituciones*, entendidas como productos culturales que pretenden regular formalmente las interacciones dentro y entre las organizaciones. En cualquier caso, no por ser un tipo concreto se trata de un tipo anecdótico: los planes y reglamentos formales que *estructuran* intencionalmente las organizaciones y mercados son un elemento crucial en cualquier ámbito de la actividad económica.

La última meta-asunción implica reconocer “que el poder representa un factor omnipresente en las transacciones económicas y en las organizaciones” (p.24). Este supuesto bebe directamente de la economía política de inspiración marxista y sitúa al poder como un componente clave de la incrustación, es decir, de las estructuras sociales que enmarcan y constriñen la acción económica. Portes propone una definición weberiana de poder (“capacidad de los individuos o grupos para imponer su voluntad a otros a pesar de su resistencia”, p.24). En su planteamiento, el énfasis en el significado del poder lleva lógicamente a indagar sobre sus fuentes (los distintos tipos de capital, inspirándose en Bourdieu) y sus efectos (los patrones duraderos de desigualdad cristalizados en la estructura de clases).

Tomados en conjunto, para Portes estos tres postulados proveen los pilares conceptuales del punto de vista distintivo de la SE, detectando su presencia, en

mayor o menor grado, en todos o casi todos los trabajos empíricos de la disciplina. Se trata de proposiciones con un alto nivel de abstracción, que resultan excesivamente generales para ser falsables, pero que proporcionan una guía clara de los fenómenos en los que los sociólogos deben concentrar su atención. Además, su utilidad como “lentes a través de las que la realidad puede ser percibida” (p.25) se deriva de su conexión con tres conceptos o herramientas teóricas de nivel intermedio (capital social, instituciones y clases sociales) que tienen un gran potencial como mecanismos explicativos con los que abordar distintos fenómenos socioeconómicos.

Mecanismos explicativos

No está de más señalar aquí que esta propuesta de Portes, aunque valiosa, no resulta demasiado original ya que, sin ir más lejos, en la sección de asuntos generales del manual de Smelser y Swedberg (2005) que, en su opinión, no va más allá de la noción de *incrustación* (p. 2), encontramos un planteamiento muy similar al tratar las investigaciones históricas y comparadas en sociología económica: “algunos se han centrado en las relaciones de poder, otros en las instituciones y las convenciones sociales y otros en las redes sociales y los roles. [Si inicialmente] trataron estas perspectivas como alternativas, cada vez más las tratan como complementarias” (Dobbin, 2005: 27). De forma que la originalidad del marco analítico que plantea Portes reside mayormente en su toma de posición respecto a los tres conceptos teóricos que se sitúan en el nivel intermedio entre los

postulados metateóricos y los ámbitos de investigación: capital social, instituciones y clase social. Para él, constituyen fenómenos netamente sociológicos cuya ubicuidad en las actividades económicas permite postular como mecanismos explicativos clave. Expresamente referidos al tipo ideal weberiano, estos conceptos de alcance intermedio tienen la capacidad de encarnar las hipótesis derivadas de las asunciones metateóricas en modelos, proposiciones e indicadores susceptibles de examen empírico. Aquí, la postura de Portes, aunque envuelta en el tono conciliador de lo que denomina un enfoque *nominalista y pragmático*, sí supone una toma de posición respecto a determinadas conceptualizaciones y operacionalizaciones de estos conceptos por parte de la economía, la ciencia política o la sociología inspirada en la teoría de la elección racional.

Portes plantea que el concepto de *capital social* (y su correlato, las redes sociales) es el mecanismo explicativo clave de la meta-asunción de la incrustación. Lo define como la “capacidad de acceder a recursos en virtud de la pertenencia a redes o estructuras sociales más amplias” (p.27). Portes es partidario de restringir el concepto de capital social (CS) a unidades de análisis micro, como los individuos o los grupos pequeños. Este planteamiento es compatible tanto con la noción instrumental del CS de Bourdieu como con la preocupación de Coleman por los beneficios individuales que surgen de la observación colectiva de las normas. Pero no lo es con la noción de beneficios colectivos del CS, proveniente de Putnam y que tanto éxito ha cosechado en la economía del desarrollo o la ciencia política, en la que las comunida-

des (ciudades, regiones, estados) disponen de *stocks* de capital social que actúan como indicadores de sus virtudes cívicas (confianza, buena gobernanza, etc.). Aunque no discute la posibilidad de que exista CS a nivel colectivo, Portes advierte que teniendo sólo en cuenta este tipo de CS al tratar los fenómenos económicos se corre el riesgo de caer en razonamientos circulares (la región X se desarrolla por tener CS y tiene CS porque está desarrollada) o en la retórica ideológica (la región X está más desarrollada que Y porque tiene mejor CS). Portes plantea que es preciso distinguir claramente las *fuentes* del CS, es decir, los motivos instrumentales o finalistas por los que los individuos con recursos pueden estar dispuestos a permitir a otros un acceso ventajoso a ellos, y las *consecuencias* o efectos del CS, los resultados positivos o negativos que obtienen los individuos que recurren al CS en sus actividades económicas.

En segundo lugar, Portes señala a las instituciones sociales como el mecanismo clave para entender las raíces culturales de la incrustación, recogiendo los argumentos de su artículo anterior sobre el uso de este concepto en las teorías sobre el desarrollo económico (Portes, 2006). Frente a la noción excesivamente amplia y vaga de institución que caracteriza la apropiación del término por parte de los economistas, Portes es partidario de restringir este concepto a los modelos simbólicos de las organizaciones, es decir, al “conjunto de reglas, escritas o informales, que gobiernan las relaciones entre los ocupantes de los roles en [todo tipo de organizaciones]” (p. 55). Esta definición sitúa a las instituciones como manifestaciones superficiales y

colectivas de la cultura. Portes distingue aquí distintos conceptos que van del nivel profundo al nivel superficial de la cultura (lenguaje, valores, marcos cognitivos, normas, roles e instituciones) y plantea su separación analítica de otros conceptos análogos referidos a la estructura social, que componen personas reales que desempeñan roles organizados en una jerarquía de algún tipo (poder, clases sociales, jerarquías de estatus, organizaciones). Esta distinción se justifica por su utilidad para distinguir entre “lo que debería ser” o “lo que se espera que sea” y “lo que realmente es”, proveyendo un marco adecuado para el análisis de las consecuencias imprevistas. Desde este punto de vista, las instituciones constituyen modelos para la interacción pautada entre los ocupantes de roles en sus respectivos campos organizacionales, actuando como mitos altamente racionalizados (a la manera de Meyer y Rowan) que, no obstante, los actores pueden cuestionar o ignorar. Portes reconoce que no se trata de un marco original, ya que de hecho recoge distinciones conceptuales clásicas en sociología, pero muestra su utilidad para explicar las consecuencias no deseadas de los trasplantes de instituciones (las dificultades de las políticas neoliberales para producir desarrollo en América Latina), para servir de base a distintos tipos ideales de cambio social (*path dependence*, difusión, innovación, profecía carismática, lucha de clases) y para superponer y combinar las tres perspectivas enfrentadas dentro de la sociología económica.

Por último, Portes propone recuperar la centralidad de la *clase social* en los análisis sociológicos de la economía. Este

concepto, a diferencia de los de capital social e instituciones, no está de moda ni atrae especialmente la atención de los economistas. Portes plantea una refutación de las falacias que, partiendo del descrédito del marxismo tras la caída de los estados socialistas, han contribuido al abandono y olvido del análisis de clase. En primer lugar, la que él denomina *falacia realista*, que exige que las clases sean entes reales (clases para sí) y rechaza los esquemas generales de clase vinculados a la distribución del poder. Portes argumenta aquí que las categorías del análisis de clase se validan por su utilidad para explicar y dar cuenta de los fenómenos estructurales asociados al poder y no requieren de la conciencia o la autoidentificación de sus miembros. En segundo lugar, refuta la *falacia a-clasista* (*classless falacy*), que consiste en asumir que la incidencia y efectos de los grandes procesos en la sociedad ocurren uniformemente a lo largo de la población, con variaciones debidas a características individuales, familiares o, a lo sumo, comunitarias. En la explicación de los fenómenos económicos, esto lleva a considerar que las transacciones ocurren en un campo nivelado, en el que compradores y vendedores (o los jefes y sus subordinados) no presentan diferencias en cuanto a poder. Por último, critica como *falacia reificadora* los esfuerzos de la corriente marxista por rescatar el modelo abstracto de estructura de clases que Marx elaboró en el siglo XIX para tratar los problemas del capitalismo en el siglo XXI.

El planteamiento *nominalista* de Portes (por oposición al *universalismo* de la postura reificadora) fía el valor de cualquier definición particular de una estructura de

clases a su poder explicativo en relación con un conjunto particular de fenómenos. Asume que el número, la composición y los patrones de interacción de las clases sociales varían a lo largo del tiempo, y que lo que interesa es que el análisis de clase provea indicadores de los efectos que la existencia de desigualdades duraderas en el poder (a nivel estructural y profundo) produce en los fenómenos sociales (a nivel micro y superficial). Así, plantea esquemas distintos para analizar la estructura de clases norteamericana (cap. 5) y la de América Latina (cap. 6), aunque su lectura de los resultados del despliegue de las instituciones neoliberales en ambos ámbitos sea similar: desmantelamiento de la protección social de los trabajadores y enriquecimiento de las elites empresariales globales.

Ámbitos de investigación

Tras exponer los rasgos esenciales de su propuesta, Portes la pone en funcionamiento recopilando los resultados de distintas investigaciones previas relacionadas, de una manera u otra, con los ámbitos temáticos de las migraciones y el desarrollo. Es preciso resaltar aquí que la aparente simplicidad del Portes teórico adquiere mucha solidez cuando lo vemos enfrentarse a problemas empíricos. En las investigaciones recogidas en el libro vemos que el rigor con que maneja indicadores cuantitativos y aplica el método comparativo encaja muy bien con su agudeza para ilustrar la significación teórica de sus resultados con casos cualitativos (breves historias de vida, estudios de comunidades y enclaves). Asimismo, muestra una gran

habilidad para integrar en su marco analítico los resultados de otras investigaciones en cada ámbito.

A grandes rasgos, Portes plantea que el fenómeno de la *economía informal* (cap. 7) es una de las expresiones más claras de la incrustación social: se trata de una respuesta construida por parte de la sociedad civil en la que las reglas del juego económico institucionalizadas por el estado son contestadas y resistidas por distintos grupos sociales, con consecuencias tanto funcionales como disfuncionales. Respecto a los fenómenos de los *enclaves étnicos y las minorías intermediarias* (cap. 8), Portes plantea que estas formaciones económicas reposan en mecanismos de solidaridad de base cultural. Sirven así a sus “emprendedores” como plataformas para la consolidación de su posición económica y la movilidad ascendente de su descendencia, de forma que el capital social se convierte en capital económico y, en casos como el de la minoría cubano-americana de Miami, en capital político. Por último, en su análisis de las *comunidades transnacionales* (cap. 9) pone en juego distintos mecanismos explicativos (cambios en las fuentes del capital social, informalidad e institucionalización, consecuencias imprevistas) para dar razón de este particular nicho de actividad económica, una globalización “desde abajo” a la que el paradigma de la asimilación no es capaz de dar explicación.

Balance final

El esfuerzo de Portes por tender puentes entre los distintos enfoques contemporáneos de la SE y con la tradición de los clásicos merece de por sí una valoración

positiva. Aunque en términos sustantivos no ofrezca conceptos nuevos ni plantee relaciones entre ellos que no estuvieran ya establecidas en la literatura precedente, haberlos reunido en una única “caja de herramientas” para abordar la realidad económica aporta un marco de referencia que, en caso de llegar a ser compartido por la comunidad de investigadores, puede servir, como mínimo, para agilizar los recurrentes debates conceptuales que pueblan la literatura de la disciplina. El libro está repleto de ejemplos en los que resultados aparentemente contradictorios de distintos investigadores respecto a un mismo concepto (p.ej. lazos débiles o fuertes en las redes de capital social) son integrados distinguiendo analíticamente dimensiones o niveles complementarios con los que operacionalizar el concepto raíz.

Este *mapa* conceptual de la disciplina que propone Portes puede parecer más o menos incompleto. Precisamente la hoja de ruta que sugiere el autor (cap.10) invita a buscar conceptos y mecanismos explicativos que complementen y desarrollen este juego de tipos ideales de alcance intermedio mediante el examen de distintos ámbitos concretos de la realidad económica. Esto quiere decir que variables como el género, la etnia o la ruralidad pueden entrar o no en los análisis como mecanismos explicativos en tanto permitan identificar configuraciones típicas relevantes de capital social, reglas y marcos simbólicos o poder. Quizás un ámbito que pueda ser especialmente fructífero en este sentido sea el del consumo, al que Portes alude pero no examina con detenimiento. Mayores reservas cabe plantear al sentido último de su posición nominalista (dejar de

lado una teoría *universal* de los sistemas económicos en beneficio de esquemas explicativos ad hoc con validez predictiva), que pretende poner en cuestión la posibilidad de una teoría general del capitalismo. Como se plantea en el capítulo final del libro, la crisis económica actual tiene bastante que ver con las consecuencias no deseadas de una macroteoría económica que pretendía haber encontrado las reglas del juego ideales para la estabilidad y la prosperidad económica. Los esfuerzos por desarrollar una macroteoría alternativa pueden servir, al menos y desde su perspectiva, para orientar a las clases dominantes o a las élites que quieran reemplazarlas sobre los aspectos que es preciso reformar para mejorar los resultados colectivos del sistema económico.

REFERENCIAS

- Dobbin, F. (2005). "Comparative and Historical Approaches to Economic Sociology." *The Handbook of Economic Sociology*. 2nd Edition. N. J. Smelser and R. Swedberg. Princeton, Princeton University Press: 26-48.
- Granovetter, M. (1985). "Economic action and social structure: The problem of embeddedness." en *American Journal of Sociology* 91: 481-510.
- Nee, V. (2005). "The New Institutionalisms in Economics and Sociology." *The Handbook of Economic Sociology*. Second Edition. N. J. Smelser and R. Swedberg. Princeton, Princeton University Press: 49-74.
- Portes, A. (2006). "Institutions and Development: A Conceptual Reanalysis." en *Population and Development Review* 32(2): 233-262.
- Smelser, N. J. and R. Swedberg (2005). *The Handbook of Economic Sociology*. Second Edition. Princeton, Princeton University Press.

PABLO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
IESA-CSIC
UPO